

40 años de transformación de la economía y del tejido empresarial de la Comunitat Valenciana

Salvador Navarro

Presidente de la Confederación Empresarial

de la Comunitat Valenciana (CEV)

Resumen

En estos cuarenta años desde la aprobación del Estatut d'Autonomia, no sólo se han transformado la sociedad y la economía de la Comunitat, sino que los cambios han sido una constante en el contexto internacional, lo que ha tenido su impacto en una economía tan internacionalizada como la valenciana. Así, nuestro tejido empresarial ha ido adaptándose a las nuevas reglas de juego, principalmente gracias a esa vocación internacional y a su carácter emprendedor. Y aunque ahora somos una economía más fuerte y mejor preparada que la de los años ochenta, quedan asignaturas pendientes a las que hay que dar respuesta para mejorar nuestra competitividad: la infrafinanciación, la innovación y la sostenibilidad.

1. La economía valenciana en 1982

A pesar de la coyuntura económica, caracterizada por el alza de los precios, los problemas de suministro y el encarecimiento de la energía, la realidad actual de nuestra economía y de nuestras empresas es muy distinta a la existente hace cuarenta años, cuando se aprobó el Estatut d'Autonomia. Sin duda, ese marco de convivencia ha facilitado el crecimiento económico y la mejora del nivel de vida de la población valenciana. Y aunque bien es cierto que aún queda mucho por hacer, el cambio ha sido notable.

Solo hay que leer el informe 'La economía valenciana 40 años después del Estatut d'Autonomia', elaborado por el Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas (IVIE) para darnos cuenta de esos cambios: la economía valenciana ha doblado su volumen de producción; la renta per cápita ha mejorado significativamente, un 60%; y da trabajo en la actualidad a 2,2 millones de personas, un millón más que en 1982.

Tampoco hay que olvidar que esos avances se han conseguido mientras el tablero de juego sufría importantes transformaciones que cambiaban las reglas: la entrada en la Unión Europea, la desaparición del telón de acero, la globalización de la economía, la moneda única, la competencia asiática, la irrupción de las nuevas tecnologías... y en el corto plazo, la crisis financiera de 2008, la pandemia de la covid-19 y la guerra de Ucrania. Todo ello ha tenido su impacto en nuestra economía.

Pero echemos la vista atrás. ¿Cómo era la Comunitat Valenciana de 1982? Los inicios de la década de los ochenta no fueron particularmente positivos para la Comunitat. Estábamos sumidos en una importante recesión económica provocada por el alza del precio de la energía. Entre las medidas puestas en marcha para paliar los efectos de

esa coyuntura se encontraba una política de reconversión industrial, que supuso el abandono, en 1983, del proyecto de construcción de la denominada IV Planta Siderúrgica Integral de Sagunto y el desmantelamiento de los altos hornos, la desaparición de los astilleros de Valencia, así como la de la fábrica de motores marinos y de centrales térmicas de Manises y de un gran número de empresas auxiliares.

Esa crisis también afectó a muchos de los sectores tradicionales de la industria de la Comunitat Valenciana, con pérdidas muy notables de puestos de trabajo y la desaparición de grandes empresas de sectores tradicionales como el calzado, el juguete o el textil, que además tuvieron que transformarse para hacer frente a los retos. Por contra, empezaban a emerger sectores que en pocos años se consolidarían como referentes de nuestra economía como la industria cerámica, la agroalimentaria, la química y farmacéutica y la de materiales (transporte, eléctrico y electrónico). Y, por supuesto, el sector servicios, con el turismo a la cabeza, que empezaría a ganar terreno y a convertirse en el protagonista de nuestra economía, alcanzando un peso de más del 70% de PIB, en detrimento del sector agrario y del sector industrial.

Unos sectores en los que abundaban las microempresas y las empresas familiares. Y donde siguen abundando. Más del 94% de las empresas de la Comunitat Valenciana son microempresas (menos de 10 trabajadores) y las empresas familiares son el motor de la economía valenciana ya que representan el 91% del tejido empresarial, lo que supone cerca del 80% del PIB y el 85% del empleo. Aunque cada vez son más el número de grandes empresas tractoras, según el informe del IVIE triplican las que había a principios de este siglo, para incrementar la productividad de nuestra economía necesitamos más empresas de mayor tamaño. Es uno de los lastres que todavía arrastramos de aquellos años ochenta. “Con el proceso de globalización el papel de las empresas medianas y grandes crece y es de esperar que lo haga más en el futuro. La Comunitat Valenciana padece en este sentido una debilidad histórica, consistente en la dificultad de muchas de sus empresas para ganar dimensión, aprovechando economías de escala, estrategias de I+D+i, productividad y presencia internacional”, señala dicho informe.

2. Valores diferenciales

Pese a ello existían, y existen, dos factores que han favorecido el desarrollo del tejido empresarial valenciano y que este haya sabido adaptarse a los cambios que se han producido en estos cuarenta años: su marcada cultura emprendedora y su vocación internacional.

2.1 Carácter emprendedor

El carácter emprendedor está muy presente en el empresariado de la Comunitat Valenciana desde siempre. Según el informe del IVIE, el número de emprendedores creció un 60% en los primeros 25 años desde la aprobación del Estatuto. Y en la actualidad estamos viviendo una segunda eclosión, con un ecosistema emprendedor que según los datos del Observatorio Startup de la Comunidad Valenciana ha aumentado un 12% respecto a noviembre de 2021, y ha alcanzado una cifra de 1.133 startups en la Comunidad, consolidándose como tercer hub nacional, por detrás de Madrid y Barcelona.

Ese carácter emprendedor también ha influido para que nuestro tejido empresarial haya sabido adaptarse a los cambios para poder competir en un escenario muy distinto del existente cuando entró en vigor el Estatut. De una economía basada en manufacturas, servicios tradicionales y costes bajos a una economía más enfocada

hacia el progreso tecnológico y la innovación, lo que redundará en más empleo cualificado y en una mejor preparación para afrontar los desafíos futuros.

Para ello ha sido clave, la profesionalización y la mejora de la formación del empresariado. En 1982 solo el 3% de los autónomos y el 14% de los empresarios tenían estudios superiores, en la actualidad esos porcentajes son el 37% y el 42%. No puedo estar más de acuerdo con la valoración que se hace de estos datos: “En un mundo enormemente complejo, contar en las empresas con personas y equipos preparados para comprender lo que pasa, y debidamente informados de los cambios, es condición necesaria para que estas puedan competir con éxito”.

Un aspecto, el de la formación, que también ha dado un vuelco en las personas empleadas. El porcentaje con estudios superiores se multiplica por 5 desde 1982, siendo ahora del 45%. Se ha pasado de una proporción de un ocupado con estudios superiores (universitarios o de formación profesional superior) de cada diez a 4,5. También ha crecido con fuerza (4,3 veces) el porcentaje de asalariados con estudios medios. El porcentaje de asalariados con nivel de estudios básicos ha descendido de un 85%, a un 31%.

2.2 Vocación internacional

El segundo aspecto es la vocación internacional de la economía valenciana. La agricultura, en un primer momento, y la industria, posteriormente, han contribuido a que nuestra economía vendiese una gran parte de su producción en el exterior durante buena parte del siglo XX y comienzos del XXI. En concreto, a lo largo de las últimas cuatro décadas el comercio exterior valenciano ha experimentado una notable expansión. Según se recoge en el informe del IVIE, entre 1986 y 2021 el valor de las exportaciones ha pasado de 4.316 a 32.413 millones de euros y el de las importaciones de 2.480 a 29.846 millones (precios corrientes). Los cítricos y el calzado eran en 1986 los dos primeros sectores exportadores, con 721 y 620 millones respectivamente, mientras que en 2021 ese lugar lo ocupaban los productos cerámicos (3.709 millones), y los automóviles y motos (3.323 millones).

En este punto no quiero dejar de nombrar una infraestructura que ha sido imprescindible para ese auge del comercio exterior: el Puerto de Valencia. El puerto de Valencia se sitúa el primero de España y el cuarto de Europa gestionando, solo en 2021, 5.546.796 TEU, una cifra que se ha multiplicado por siete en los últimos 24 años. Resulta evidente su papel de empresa tractora de la economía valenciana. Y su ampliación se traducirá en 6.000 empleos nuevos —ya genera 38.000— y más de 600 millones de valor añadido para la Comunitat Valenciana, lo que situará a nuestro territorio en una posición competitiva privilegiada. El puerto y la economía valenciana se han apoyado mutuamente para crecer lo que ha contribuido a mejorar la competitividad del territorio a lo largo de un periodo de creciente internacionalización y globalización de la economía.

Una internacionalización que sin duda será mayor cuando finalicen las obras de una reivindicación histórica para la economía y sociedad valenciana: el Corredor Mediterráneo, clave para la competitividad de nuestra economía, ya que generará mayor actividad económica, es decir, más empresas, más empleo, mayor integración de España con Europa, más competitividad y mayor cohesión. Es vital la aceleración de la construcción de esta infraestructura, esencial para la Comunitat Valenciana, sus empresas, sus puertos, para los potenciales inversores y, en general, para el territorio nacional, puesto que, además, encaja con los objetivos de sostenibilidad que defiende Europa y, por ende, debería acelerarse con la llegada de los fondos europeos. Un Corredor que se tiene que ver complementado con el del Cantábrico, ya que ambos generarán mayor actividad económica.

3. Asignaturas pendientes

Hace cuarenta años los valencianos y valencianas creamos un marco de convivencia que ha facilitado el crecimiento económico y la mejora del nivel de vida. Pero que esos logros no nos impidan reconocer que todavía quedan asignaturas pendientes. La principal es dar una solución a nuestra crónica infrafinanciación. Ya nadie pone en duda que se trata de una injusticia objetiva, que además se ha mantenido con gobiernos de uno u otro signo político, que dura ya demasiado tiempo y que nos sitúa en inferioridad de condiciones para encarar la recuperación. La Comunitat Valenciana, como territorio más perjudicado por el modelo vigente, y sus ciudadanos, trabajadores y empresas no pueden ni deben renunciar a contar con un sistema justo y equitativo.

A ello se une que debemos superar resistencias y continuar avanzando por la senda de la innovación y la digitalización que deben ocupar un lugar prioritario en nuestra hoja de ruta. El crecimiento económico y el éxito empresarial en un entorno cada vez más global y complejo pasa por la mejora de la productividad y la competitividad, y esta mejora está ligada a la I+D. Si queremos un modelo productivo diferente al actual, basado en el conocimiento, los intangibles y la tecnología; si queremos un crecimiento inteligente, sostenible e integrador, deberemos realizar un mayor esfuerzo inversor en este campo, y éste deberá llegar tanto desde el sector público como desde el privado.

Más inversión, más estable en el tiempo, con una tasa de ejecución más alta y mayor capacidad para atraer y retener el talento. Sin estas cuatro premisas, que requieren del compromiso de los agentes privados y de los públicos, la apuesta por la innovación no será real.

Y para ellos contamos con un aliado fundamental: el amplio sistema de innovación integrado por los institutos tecnológicos, la Agencia Valenciana de Innovación e Indromeda, cada vez más conectado con el sector privado, con clústeres y con empresas tractoras de referencia. Son nuestra mejor herramienta para ser más competitivos. Además, tenemos ahora una gran oportunidad con los fondos Next Generation EU que debemos aprovechar promoviendo y participando en proyectos transformadores.

También debemos aprovechar esos fondos para avanzar por el camino de la sostenibilidad. No solo por las ventajas competitivas que aporta, sino porque un enfoque sostenible garantiza la permanencia de nuestras empresas en el tiempo y reducimos el impacto de nuestra actividad en el medio ambiente. La sostenibilidad es el camino a seguir, pero también hay que tener presente que ese camino supondrá cambios estructurales fundamentales para conciliar los objetivos económicos, con los ecológicos, de gobierno y sociales y los empresarios necesitamos tiempo y recursos para adaptarnos a ellos.

Por último, tenemos que seguir trabajando todos juntos por una sociedad más equitativa y más cohesionada. No podemos olvidar que el Estatut d'Autonomía fue fruto del consenso, un consenso que es, hoy en día, más necesario que nunca para hacer frente a los retos actuales. Junto a la Administración y las organizaciones sindicales, UGT y CCOO, los empresarios hemos sido protagonistas de grandes pactos que han ayudado a la mejora de la economía y el empleo. El diálogo social y la negociación colectiva han conseguido que la nuestra sea una sociedad más justa, por eso deben seguir siendo consideradas herramientas de éxito para empresarios y trabajadores.